

LA NATURALEZA EN LOS CARMINA MINORA DE CLAUDIANO

Al someter la religión de Homero y Hesíodo a una crítica sistemática, la ciencia y la filosofía griegas produjeron en el terreno literario el poema didáctico-natural, comúnmente escrito en hexámetros y que pretendía dar una respuesta racional a los problemas que planteaba la observación de la naturaleza. Los poetas que lo cultivaban —como Parménides, Jenófanes, Empédocles o Lucrecio— trataron de oponerse a la opinión del vulgo, que veía en los fenómenos físicos una muestra del poder divino y no se creía con derecho a indagar sobre ellos en profundidad, sino a reverenciarlos y temerlos. Es contra este sentimiento precisamente que va dirigida la advertencia del desconocido autor del poema *Aetna*, de ninguna manera dispuesto a aceptar que el volcán sea la sede de la fragua de Vulcano, porque los dioses viven lejos, en el cielo, y no se cuidan de los asuntos de los hombres.

Principio ne quem capiat fallacia uatum
sedes esse dei tumidisque e faucibus ignem
Vulcani ruere et clausis resonare cauernis
festinantis opus: non est tam sordida diuis
cura neque extremas ius est demittere in artes
sidera; subducto regnant sublimia caelo
illa neque artificum curant tractare laborem

(vv. 29-35).

Y conceptos semejantes son expresados por Lucrecio en su elogio de Epicuro, el filósofo griego que por primera vez se había atrevido a luchar contra la superstición que oprimía a los mortales y a penetrar en los secretos de la naturaleza:

Humana ante oculos foede cum uita iaceret
in terris, oppressa graui sub religione
horribili super aspectu mortalibus instans,
quae caput a caeli regionibus ostendebat
primum Graius homo mortalis tollere contra
est oculos ausus primusque obsistere contra;
quem neque fama deum nec fulmina nec minitanti

murmure compressit caelum, sed eo magis acrem
 inritat animi uirtutem, effringere ut arta
 naturae primus portarum claustra cupiret (I 62-71).

Ahora bien, la preocupación por los misterios de la naturaleza es uno de los temas de la poesía de Claudio Claudiano, quien ha abordado estas cuestiones de un modo y punto de vista distinto del de sus predecesores. Me propongo, pues, mostrar cómo lo ha hecho en sus *Carmina minora*, y señaladamente en el titulado *Magnes*.

Lo que los editores llaman *Carmina minora* en la obra de Claudiano abarca poemas de cierta variedad temática: hay poesías de ocasión, epístolas, epigramas, una reelaboración del anciano de Tarento de las *Geórgicas* virgilianas¹ y también uno sobre el ave Fénix, tal vez el más conocido². Pero además existe un grupo de *carmina* que ponen de manifiesto su espíritu curioso y asombrado ante lo que no puede explicar. Así vemos el N° XXXI, el epigrama "De crystallo cui aqua inerat", en dos dísticos:

Possedit glacies naturae signa prioris
 et fit parte lapis, frigora parte negat.
 Sollers lusit hiems imperfectoque rigore
 nobilior uiuis gemma tumescit aquis,

y los números XXXII al XXXVII que tratan sobre lo mismo.

También el N° XX "De hystrice", que llama la atención sobre los dones que la naturaleza ha dado al puerco espín, un pequeño animalito que no recibió ayuda de técnica alguna para poder compendiar en su propio cuerpo todas las artes de la guerra:

Ecce breuis propiis munitur bestia telis,
 externam nec quaerit opem; fert omnia secum:
 se pharetra, sese iaculo, sese utitur arcu.
 Vnum animal cunctas bellorum possidet artes (vv. 40-43).

¹ Claudii Claudiani *Carmina*, vol. II, rec. L. Jeep, Lipsiae, in aed. B.G. Teubneri, 1879, N° XIII. En adelante citaré por número de *Carmina minora* y de verso según esta edición.

² N° XIX "De Phoenice aue". Cf. Luis Vélez de Guevara, *El diablo cojuelo*, ed. F. Rodríguez Marín, Madrid, Clásicos Castellanos (Espasa-Calpe), 1941, pp. 213-14: "Item, por quanto celebraron el fénix en la academia pasada en tantos géneros de versos, y en otras muchas ocasiones lo han hecho otros, levantándole testimonios a esta ave y llamándola hija y heredera de sí propia y pájaro del Sol, sin haberle tomado una mano ni haberla conocido si no es para servilla, ni haber ningún testigo de vista de su nido, y ser alarbe de los pájaros, pues en ninguna región ha encontrado nadie su aduar, mandamos que se ponga perpetuo silencio en su memoria, atento que es alabanza supersticiosa y pájaro de ningún provecho para nadie (. . .). Dios se lo perdona a Claudiano, que celebró esta necedad imaginada, para que todos los poetas pecasen en él".

En verdad, para Claudiano la naturaleza es superior al arte, pues

Quid labor humanus tantum ratione sagaci
proficit? (vv. 35-36).

y además su maestra, si consideramos el ejemplo de los arqueros cretenses y el de los guerreros partos, quienes, como el puerco espín, saben arrojar sus flechas en retirada³:

Quod si omnis nostrae paulatim industria uitae
fluxit ab exemplis, quidquid procul appetit hostem,
hinc reor inuentum: morem hinc traxisse Cydonas
bellandi Parthosque retro didicisse ferire
prima sagittiferae pecudis documenta secutos (vv. 44-48).

Este ejemplo del mundo animal puede compararse con el no menos notable del N° XXI "De torpedine". Efectivamente, los naturalistas ya habían descubierto la rara habilidad del pez torpedo, quien, haciendo verdaderamente honor a su nombre, adormecía e inmovilizaba a sus víctimas para luego devorarlas⁴. Y Claudiano, luego de reproducir los datos anteriormente conocidos y descriptos por la ciencia, con una artística pincelada insiste de nuevo en la alianza que hay entre la naturaleza y el arte u obrar del hombre:

Naturam iuuat ipsa dolis (8).

Porque hay en la naturaleza una fuerza misteriosa, capaz de producir prodigios que el hombre por más que se afane no logra igualar. En consecuencia, no debemos sorprendernos si oímos decir que Orfeo suspendía con su lira los árboles a orillas del Estrimón, puesto que —*mirabile dictu!*— las mulas de la Galia de que nos habla en el *carmen XXII* son capaces de comprender y de obedecer mansamente, con solo escuchar su voz, los mandatos de su guía:

Nec uinclis famulae, nec libertate feroces,
exutae laqueis, sub ditione tamen,
consensuque pares et fuluis pellibus hirtae

³ Cf. Propertio, III 9, 52-53; Ovidio, *Rem.*, 224; *Met.*, VII 776 ss. etc.

⁴ *Quo magis miror quosdam existimasse aquatilibus nullum inesse sensum. Nouit torpedo uim suam ipsa non torpens, mersaque in limo se occultat, piscium qui securi supematantes obtorpuere corripiens* (Plinio, *Hist. nat.*, IX 143).

essedae concordēs multisonora trahunt.
 Miraris, si uoce feras pacauerit Orpheus,
 cum pronas pecudes Gallica uerba regant? (vv. 15-20).

También provocan la admiración de Claudiano las aguas termales de *Aponus*, cerca de Padua, tema del N° XXVI. Por medio de ellas Júpiter, aquí llamado el padre del mundo (*pater rerum*), muestra su piedad hacia el género humano dándole una medicina en las aguas que brotan de la tierra, para los males del cuerpo y para detener los hilos de las Parcas:

Ille pater rerum, qui saecula diuidit astris,
 inter prima poli te quoque sacra dedit
 et fragilem nostri miseratus corporis usum
 telluri medicas fundere iussit aquas,
 parcarumque colos exoratura seueras
 flumina laxatis emicue re iugis (vv. 83-88)

Júpiter *pater rerum* que se parece mucho al del N° XLIII "In sphaeram Archimedis", que observa con sorpresa y sonriente el globo de vidrio que representaba el mundo en la concepción del sabio siracusano:

Iuppiter in paruo cum cerneret aethera uitro,
 risit et ad superos talia dicta dedit:
 Huccine mortalis progressa potentia curae?
 Iam meus in fragili luditur orbe labor.
 Iura poli rerumque fidem legesque deorum
 ecce Syracosius transtulit arte senex (vv. 1-6).

Ahora bien, si pensamos que el autor de un poema didáctico deberá conjugar (tarea doblemente meritoria) un propósito filosófico y otro literario, sin duda que de todos los *Carmina minora* el que merecerá en mayor medida nuestra consideración ha de ser el N° XXX "Magnes", por su explícita referencia a los estudios naturales y por su lograda síntesis poética. *Carmen* que el poeta comienza con una invocación y un pedido de ayuda a todos aquellos sabios que buscan los orígenes de las cosas: del movimiento de los astros, los fenómenos atmosféricos, los cometas, los terremotos; porque su espíritu ávido de saber se siente impotente ante los misterios naturales.

Quisquis sollicita mundum ratione secutus
 semina rimatur rerum, quo luna laborat
 defectu, quae causa iubet pallescere solem;

unde rubescentes ferali crine cometae,
 unde fluent uenti, trepidae quis uiscera terrae
 concutiat motus, quae fulgura ducat origo,
 unde tonent nubes, quo lumine floreat arcus:
 hoc mihi quaerenti, si quid deprendere ueri
 mens ualet, expediat

(vv.1-9).

Hecha esta introducción, Claudiano se refiere ya directamente a la piedra imán, pero no de un modo científico, esto es, pretendiendo descubrir el origen de sus propiedades, a la manera de Lucrecio⁵. Ella no es una piedra preciosa que puedan usar como adorno los reyes o las doncellas, sino que su valor reside en poder atraer al hierro, al cual le debe su vida y sustentación:

Lapis est cognomine Magnes,
 decolor, obscurus, uilis. Non ille repexam
 Caesariem regum, non candida uirginis ornat
 colla, nec insigni splendet per cingula morsu:
 sed noua si nigri uideas miracula saxi,
 tunc pulchros superat cultus et quidquid eois
 Indi litoribus rubra scrutantur in alga.
 Ex ferro meruit uitam, ferrique rigore
 uescitur: hoc dulces epulas, hoc pabula nouit:
 hinc proprias renouat uires: hinc fusa per artus
 aspera secretum seruant alimenta uigorem.
 Hoc absente perit. Tristi morientia torpent
 membra fame uenasque sitis consumit apertas

(vv. 9-21).

Pero a partir de los versos siguientes el poema toma un rumbo distinto, pues lo meramente descriptivo deja lugar a lo poético en el momento en que se produce la introducción en escena de los amores homéricos de Ares y Afrodita⁶, aunque más cerca del carácter simbólico que les había infundido Lucrecio en el proemio del *De rerum natura* que de la extraña y jocosa narración de la *Odisea*⁷. En un santuario de un templo, común a ambos, un sacerdote celebra su unión según el rito y Venus, figurada por la piedra imán, atrae a Marte como en el día en que se habían amado en el Olimpo: el hierro representa al dios de la guerra, impotente para resis-

⁵ Cf. VI 906 ss.

⁶ Cf. *Od.*, VIII 226 ss.

⁷ Cf. I 28-40.

tir a la lasciva atracción de la diosa, y la naturaleza —otra vez subraya Claudiano esta fuerza operante— preside el *conubium* de ambos númenes.

Mauors, sanguinea qui cuspide uerberat urbes,
 et Venus, humanas quae laxat in otia curas,
 aurati delubra tenent communia templi.
 Effigies non una deis: sed ferrea Martis
 forma nitet, Venerem magnetica gemma figurat.
 Illis conubium celebrat de more sacerdos.
 Ducit flamma choros, festa frondentia myrto
 limina cinguntur roseisque cubilia surgunt
 floribus et thalamum dotalis purpura uelat.
 Hic mirum consurgit opus. Cytherea maritum
 sponte rapit caelique toros imitata priores
 pectora lasciuo flatu Mauortia nectit
 et tantum suspendit onus galeaeque lacertos
 implicat et uiuis totum complexibus ambit.
 Ille lacessitus longo spiraminis actu
 arcanis trahitur gemma de coniuge nodis.
 Pronuba fit natura deis ferrumque maritat
 aura tenax: subitis sociantur numina furtis

(vv.22-39).

Claudiano no pretende explicar este extraño fenómeno de atracción sobre el hierro que ejerce la piedra imán de un modo científico, como hacía Lucrecio, cuyo sistema lo obligaba a recurrir a los átomos, a la porosidad de los cuerpos, a corrientes de aire que penetran en las mismas⁶. Para él este fenómeno no es más que un caso particular de la gran fuerza que ejerce el amor en el mundo natural, poder que no deja de ser un misterio.

Quis calor infundit geminis alterna metallis
 foedera? Quae duras iungit concordia mentes?
 Flagrat anhela silex et amicam saucia sentit
 materiem placidosque chalybs cognoscit amores

(vv.40-43).

Y en los versos que siguen es más evidente, si cabe, la dependencia lucreciana de este idilio. En efecto, aquí también el dios aquieta su sed de sangre y matanzas para inclinar la cimera de su casco y besar a Venus:

Sic Venus horrificum belli compescere regem,
 et uultu mollire solet, cum sanguine praeceps

⁶ - Cf. VI 1037-41.

aestuat et tristes mucronibus asperat iras.
 Sola feris occurrit equis soluitque tumorem
 pectoris et blando praecordia temperat igni.
 Pax animo tranquilla datur pugnasque calentes
 deserit et rutilas declinat in oscula cristas

(vv. 44-50).

Por fin, culmina el idilio con una reflexión que es lugar común en la poesía grecolatina: la ejemplificación mitológica del poder del amor. Si el mismo Júpiter, pese a reinar sobre los dioses y sobre los hombres, se transformó una vez en un toro y cruzó el mar después de raptar a Europa, no debe sorprendernos que el influjo de su llama se extienda a las piedras y el metal:

Quae tibi saeue puer non est permissa potestas?
 Tu magnum superas fulmen caeloque relicto
 fluctibus in mediis cogis mugire Tonantem
 Iam gelidas rupes uiuoque carentia sensu
 membra feris; iam saxa tuis obnoxia telis
 et lapides suos ardor agit ferrumque tenetur
 illecebris, rigido regnant in marmore flammae

(vv. 51-57).

El interés de Claudiano en la obra de la naturaleza ha sido suficientemente resaltado en los textos anteriores de los *Carmina minora*, pero su interés lo lleva por caminos bastante diferentes del poema didáctico. Esto puede ejemplificarse con el mismo Lucrecio, cuando hace la apología de su *De rerum natura* y dice claramente que su propósito básico es hacer asequible a los mortales el conocimiento de las cosas, y si se vale para ello de la lengua de las Piérides es con un fin fundamentalmente didáctico, puesto que el vulgo ignorante no puede percibir de entrada el verdadero gusto de la sabiduría y se aleja de ella⁹. Para Lucrecio, entonces, lo propiamente literario es un medio y no un fin, aunque no podamos dejar de reconocer sus valores. En cambio, el punto de vista es justamente el contrario en el escritor de Alejandría, quien, aunque ha dicho en *Magnes* que no se desentiende de estos interrogantes, es más poeta que filósofo u hombre de ciencia. Así pues, los *carmina* citados no pretenden ser un tratado *περί φύσεως*, sino un pequeño cuadro que condense la expresión de un sentimiento de profunda admiración por la naturaleza y su estudio. Tal vez esto resulte extraño a nuestra actual sensibilidad, pero para Claudiano ella es émula y maestra del quehacer del hombre. Y este sentimiento es, en tanto que subjetivo, lírico y, sazonado con un poco de buen humor

⁹ Cf. IV 10-25.

y discurriendo por los fluidos cauces del hexámetro o del dístico elegíaco, ha conseguido un merecido lugar en el arte.

RAÚL LAVALLE
(Universidad Católica Argentina
de Buenos Aires)